

Seix Barral Biblioteca Breve

Susana Fortes
Tiernos y traidores

ÍNDICE

- 11 GÉNESIS. AL PUNTO APARECIÓ LA AURORA,
DE ROSADOS DEDOS
- 19 INÉS REGRESA A SANTALÉN Y HAY AUGURIOS
QUE NAVEGAN POR EL CIELO
- 23 DONDE MARTÍN NARRA LAS ANDANZAS
DE LOS BEREBERES
- 29 BYRON BAJO EL INFLUJO DE LA LLAMA VOTIVA
- 35 DE LA ESPECIAL PERCEPCIÓN
QUE INÉS TIENE DEL TIEMPO
- 43 MARTÍN RELATA ANTIGUAS TRAVESÍAS
- 47 EL APOCALIPSIS SEGÚN BYRON
- 53 DONDE INÉS HABLA DE GUERRAS PERDIDAS
- 59 MARTÍN REMEMORA LAS ENSEÑANZAS
DE LANCELOT Y EL CLUB
DE LOS POETAS MUERTOS
- 65 BYRON ANTE UN ENCUENTRO INESPERADO
Y DE LOS HÁBITOS DEL ALMA
- 73 INÉS EVOCA LA MEMORIA DEL EXILIO
Y LOS EXILIOS DE LA MEMORIA
- 81 DONDE MARTÍN DA NOTICIA DE LA ALIANZA
ENTRE BYRON Y LANCELOT

-
- 87 BYRON Y EL CORO DE LAS VÍRGENES
- 91 INÉS INVOCA EL ESPÍRITU DE LOS ANTEPASADOS
- 99 ACERCA DEL ALTO VUELO DE LAS ÁGUILAS
Y OTRAS REFLEXIONES DE MARTÍN
- 103 DE LAS TRAGEDIAS CLÁSICAS
A LOS DEMONIOS DE BYRON
- 109 CUANDO INÉS AVISTA EL CABO DE LOS INGLESES
- 119 MARTÍN BAJO EL AURA IRREMEDIABLE DE LA LUNA
- 123 EL SUEÑO DE BYRON Y LA FLOR DE COLERIDGE
- 129 DE LA MAJESTAD Y DEL VERBO. CUANDO INÉS
SUCUMBE AL HECHIZO DE UN POEMA
- 135 DONDE MARTÍN SE ASOMA A LA SIMA
DE LAS PARADOJAS
- 141 LO QUE BYRON VISLUMBRÓ EN LOS PÁRAMOS
- 151 CUANDO INÉS TRASPASA LA LÍNEA DE SOMBRA
- 161 DE LA LARGA PLÁTICA EN LA QUE MARTÍN
CUENTA UN EPISODIO ACAECIDO EN ARAGÓN
- 171 BYRON ENTRE LA SED Y LA NIEBLA
- 175 DONDE INÉS PRESENCIA UN DUELO
- 185 MARTÍN, EL MENSAJERO
- 189 BYRON DESCIENDE A LA MORADA DEL HADES
- 195 INÉS MALDICE EL VENENO DE LAS LENGUAS
DE ÁSPID
- 201 MARTÍN EN EL CORAZÓN DEL ICEBERG
- 203 DONDE BYRON DA NOTICIA DEL ÚLTIMO COMBATE
- 209 CUANDO LA NOCHE EXTENDIÓ SOBRE INÉS
SU MANTO DE TINIEBLAS
- 213 LA DICHA Y LOS DESASTRES

GÉNESIS. AL PUNTO APARECIÓ LA AURORA, DE ROSADOS DEDOS

Es muy temprano. Poco antes del amanecer.

Todas las ciudades resultan extrañas a esta hora.

Todavía no hay en el cielo ningún color que pueda nombrarse. Los distintos tonos están en suspenso, a la espera de que despunte el día.

El silencio también forma parte de la misma extrañeza, un silencio que flota entre las calles como la neblina, envolviéndolas con su hechizo. Pausa o lentitud.

La vivienda está en el quinto piso de un edificio modernista, en el casco viejo de la ciudad. El suelo, de listones de madera, cruje ligeramente. Al fondo del pasillo se ve una habitación franqueada por una puerta de doble hoja con la parte superior acristalada. Al abrirla, sorprende la rara penumbra de la estancia, sombras que van adueñándose de sus contornos confusos hasta delimitar con precisión el perfil de los objetos, la distancia entre ellos, su color, en una gradación casi imperceptible. La luz es ahora crepuscular, gris y anaranjada, no se parece a ninguna otra. Las persianas están completamente levantadas y puede percibirse el desorden general: libros apilados en el suelo,

periódicos viejos, recibos atrasados. Quien aquí vive, habita el caos. Sobre la mesa hay un ejemplar de *Las flores del mal*, varios folios escritos a mano, dos tazas vacías sobre una bandeja de mimbre, diversos artículos que parecen proceder de tierras lejanas: una máscara africana, dos dragones de papel de seda, un candelabro de siete brazos, cajas de madera de diferentes tamaños, un pequeño Ford T de latón y numerosos afiches en miniatura desperdigados sin ningún criterio. Pero, sobre todas las cosas, destaca por su tamaño y situación una fotografía ampliada y enmarcada en madera noble. De ella emana esa fascinación que ejercen algunas imágenes cuando poseen un particular resorte interior, una especie de memoria o presentimiento que las sostiene. De ese modo, el que la observa con atención puede encontrarse trasladado de pronto ante el paisaje retratado, percibir las diferentes tonalidades que tienen las montañas, sentir la brisa que agita las copas de los árboles, contemplar la palidez del cielo, el color tostado de la tierra, y pararse en las figuras de los tres adolescentes que centran la composición hasta escuchar con precisión el impacto conciso del disparo que anticipa la imagen (clic).

En la foto, dos amigos sonríen haciendo el signo de la victoria y una mujer rubia, casi una niña, marca justo el centro del encuadre. La cámara, una Nikon automática, es disparada desde una posición más elevada, quizá el fotógrafo estaba encaramado a lo alto de una roca. Uno de los chicos, el más alto, se llama Byron. Tiene la cara angulosa, las cejas pobladas y oscuras, bien perfiladas, con tendencia a juntarse, lo que le da a su gesto un aire hosco y arrogante muy adolescente, reforzado por los ojos, de un brillo intenso, que miran vigilantes a la cámara con una expresión entre selvática y curiosa. La apariencia bravía de la parte

superior del rostro contrasta, sin embargo, con el mentón hendido por un pequeño hoyuelo y con la boca, todavía infantil, de labios anchos y sensuales que se abren en una sonrisa algo nerviosa pero franca. Esta contradicción no tiene por qué significar que el muchacho esté fingiendo, aunque tampoco se descarta esa posibilidad. Es tan joven, que probablemente aún no ha decidido quién quiere ser, ni ha tenido tiempo de elegir un destino, ni tan siquiera de poseer un pasado. Lleva una camisa blanca abierta y un jersey de lana echado descuidadamente sobre los hombros, la pierna izquierda está cruzada sobre la derecha en la que se apoya todo el peso del cuerpo, dando la impresión de un equilibrio inestable. El brazo derecho está flexionado para subrayar el gesto en V de los dedos índice y corazón. No sabemos de qué victoria se trata. Tal vez se refiera a un partido de fútbol, o a una apuesta ganada, o quizá no sea más que una actitud con la que se pretende predisponer al azar. El pelo, abundante y desordenado, le cae en un mechón ondulado sobre un lado de la frente acentuando el aspecto general de rebeldía (sin duda todavía cree en la inmortalidad). Tiene un aire marcadamente romántico y agitanado, por todo eso lo de Byron, mucho más apropiado en cualquier caso que su verdadero nombre. Se diría que la imagen resulta de un inconformismo demasiado estudiado, como si estuviera ensayando una pose. Sin embargo, hay en él algo que da sensación de autenticidad, que lo hace entrañable, a pesar suyo. Una especie de sugestión de carácter o complicación, algo que tal vez anunciaba lo que iba a pasar después.

El otro es Martín, no se podría precisar con exactitud la edad que tiene, pero por su apariencia de aplomo y responsabilidad, parece bastante mayor que sus amigos, aunque